

laTendencia

—revista de análisis político—

Diálogo,
renovación y
unidad de las
izquierdas

No.12 **oct/nov**
2011

Director
Francisco Muñoz Jaramillo

Consejo Editorial
Jaime Arciniegas, Augusto Barrera, Jaime Breilh,
Marena Briones, Carlos Castro, Galo Chiriboga,
Eduardo Delgado, Julio Echeverría, Myriam Garcés, Luis Gómez,
Ramiro González, Virgilio Hernández, Guillermo Landázuri,
Luis Maldonado Lince, René Maugé, Paco Moncayo,
René Morales, Melania Mora, Marco Navas, Gonzalo Ortiz,
Nina Pacari, Andrés Páez, Alexis Ponce, Rafael Quintero,
Eduardo Valencia, Andrés Vallejo, Raúl Vallejo,
Gaitán Villavicencio

Coordinación Editorial de este número
Wilma Suquillo
David Echeverría

Edición
María Arboleda

Diseño, portada y gestión de imágenes
Verónica Ávila / Activa Diseño Editorial

Impresión
Gráficas Iberia

Auspicio



FES - ILDIS
Avenida República 500, Edificio Pucará
Teléfono (593) 2 2 562 103
Quito - Ecuador
www.fes-ecuador.org

Apoyo



CAFOLIS
Sevilla N24-349 y Guipuzcoa
Teléfono: (593) 2 2 322 6653
Quito - Ecuador
www.cafolis.org

Los editores no comparten, necesariamente, las opiniones vertidas por los autores, ni estas comprometen a las instituciones a las que prestan sus servicios. Se autoriza a citar o reproducir el contenido de esta publicación, siempre y cuando se mencione la fuente y se remita un ejemplar a la revista.

laTendencia
—revista de análisis político—

© de esta edición: cada autor
ISSN: 13902571
Octubre/Noviembre de 2011

laTendencia

—revista de análisis político—

Juan J. Paz y Miño Cepeda
Luis Verdesoto Custode
Carlos Larrea M.
Fernando Buendía
Betty Amores
Julio César Trujillo
Ramiro Ávila Santamaría
María Paula Romo
Norman Wray
Alberto Acosta
Mario Unda
Humberto Cholango
Rodrigo Collaguazo Pilco
Katuska King M.
Patricio Crespo Coello
Ximena Ponce
Alejandra Santillana
Katu Arkonada
Yves Vaillancourt
Francisco Hidalgo Flor
Paco Moncayo Gallegos
Orlando Pérez
Paúl Carrasco Carpio
Esperanza Martínez
Patricio Ruiz
Alfonso Espinosa Ramón
Carlos Castro Riera
Augusto Barrera
Diego Mancheno
Iván Carvajal
Mayra Garzón
Mathieu Perdriault
Claudia Detsch
Sergi Escribano Ruiz
Juan Pablo Mateo Tomé
Jorge G. León Trujillo
Annegret Mähler,
Gabriele Neuffer
Almut Schilling-Vacaflor

12 oct/nov 2011



Coyuntura



5 EDITORIAL
Diálogo, renovación
y unidad de las
izquierdas
Francisco Muñoz Jaramillo

10 EL INFORME
PRESIDENCIAL
Cuatro temas de
debate nacional
Juan J. Paz y Miño Cepeda

16 Rafael Correa: «por
cariño o necesidad»
Luis Verdesoto Custode

24 Análisis parroquial y
social del Referéndum y
la Consulta 2011
Carlos Larrea M.

28 ASAMBLEA
NACIONAL
Correlación de fuerzas
y perspectivas de la
agenda parlamentaria
Fernando Buendía

34 Balance crítico
Betty Amores

38 La situación de la
justicia, hoy
Julio César Trujillo
Ramiro Ávila Santamaría

44 El Universo y la libertad
de expresión
María Paula Romo
Norman Wray

50 Unidad
Alberto Acosta

56 De la Consulta Popular
al Encuentro de
Movimientos Sociales
Mario Unda

60 Nuevos retos del
movimiento indígena
Humberto Cholango

63 Sin revolución agraria
y del mar ¿no hay
revolución!
Rodrigo Collaguazo Pilco

68 Ecuador y UNASUR ante
los posibles efectos
de una nueva crisis
económica internacional
Katuska King M.

72 La popularidad de
Correa
Patricio Crespo Coello

Política pública

78 La economía popular
solidaria y el régimen
de acumulación
Ximena Ponce

87 Los procesos políticos
de Ecuador y Bolivia
Alejandra Santillana
Katu Arkonada

92 El proyecto de sociedad
alternativa en Ecuador:
¿Socialismo o
Social-democracia
del siglo XXI?
Yves Vaillancourt



Política pública

98 Tierra y el horizonte
del cambio
Francisco Hidalgo Flor

102 Ley de comunicación
Paco Moncayo Gallegos

106 El revés y el derecho
del debate
Orlando Pérez

109 Del extractivismo a la
democratización
de la producción
Paúl Carrasco Carpio

113 Conflictos ambientales
Esperanza Martínez

117 El proyecto de ley
antimonopolio
Patricio Ruiz

120 ¿INNOVACIÓN
INSTITUCIONAL?
Ley de las
Universidades
Alfonso Espinosa Ramón

124 Reglamento de las
Universidades
Carlos Castro Riera

127 La ciudad que queremos
es la ciudad que
hacemos
Augusto Barrera
Diego Mancheno

Internacional

133 Crisis y rebelión
mundial de la juventud
Asonada estudiantil
chilena
Iván Carvajal

139 Crisis alimentaria:
una amenaza para todos
y todas
Mayra Garzón

143 El acaparamiento de las
tierras a gran escala en
el mundo El papel de las
firmas multinacionales
Mathieu Perdriault

148 Economía Ecológica
o Verde: ¿El modelo
económico del mañana
o pretexto fútil de los
países industrializados?
Claudia Detsch



152 La primavera
española
Sergi Escribano Ruiz

157 El 15-M
Juan Pablo Mateo Tomé

162 El nuevo ciclo
de la Izquierda
Latinoamericana
Jorge G. León Trujillo

166 Oro negro y ambiciones
verdes. Política de
recursos naturales
en los países andinos
Annegret Mähler,
Gabriele Neußer y
Almut Schilling-Vacaflor





Crisis y rebelión mundial de la juventud

Asonada estudiantil chilena

En este artículo intentaré abordar el alcance de las movilizaciones estudiantiles chilenas desde una doble consideración: su inserción en las rebeliones que han tenido lugar en distintos lugares del planeta y en los que la juventud ha sido el actor protagonista, y la especificidad de sus demandas con respecto a las herencias no saldadas con la dictadura pinochetista. Ambos aspectos, sin embargo, tienen que ver con la reducción de las expectativas que el mundo contemporáneo ofrece a la juventud y la crisis de los sistemas educativos, que deben responder a la demanda social de universalidad y calidad.

I. Las rebeliones de los jóvenes en el mundo

Durante los últimos meses se han sucedido las rebeliones en distintos lugares del planeta: Túnez, Egipto, Yemen, Marruecos, Libia, Siria, Grecia, España, Italia, Israel, Chile, Inglaterra... Las movilizaciones en Europa tienen el precedente de la revolución pacífica y democrática de Islandia del 2010. En todas ellas, los jóvenes han tenido un papel protagonista. ¿Puede decirse acaso que estamos asistiendo a una "revuelta mundial de la juventud", como sostiene el sociólogo francés Michel Fize, en un artículo reciente publicado en *Le Monde*? ¿Un nuevo "68", quizás?

Cualquier intento de comprensión de lo que está sucediendo en el mundo a partir de la crisis del 2008 exige, desde luego, tomar en cuenta las diferencias entre los procesos que tienen lugar en las distintas regiones del planeta: el mundo árabe, Europa, Chile. Pero también demanda la atención a los nuevos aspectos de las luchas sociales que aparecen en ellos, y que en cierto modo los recorren "transversalmente", como se suele decir hoy en día. No hay duda que el mundo ha entrado en una época de cambios significativos, y que esos cambios significativos

tendrán lugar durante décadas. Sin duda hay repercusiones globales de los procesos regionales. En este escenario están en juego las expectativas de avances democráticos, entendidos cada vez más como la combinación de libertad y equidad, y a la vez las amenazas de catástrofes globales —cambio climático, recesión económica, nuevas guerras, aumento de la criminalidad...

¿Es este el escenario del declive del sistema mundo capitalista, como viene sosteniendo desde hace algunos años Immanuel Wallerstein? Al menos, este escenario mundial corresponde a la decadencia de Estados Unidos, del "Imperio Americano", a las dificultades que presenta la construcción de la Unión Europea, al ascenso de China, al avance de los países emergentes (Rusia, India, Brasil). Es un escenario de nuevas configuraciones regionales, de nuevas hegemonías en la geopolítica. Es el escenario

Iván Carvajal

Iván Carvajal — Profesor e investigador universitario.

internacional

en que asistimos a la renovación de las luchas sociales, múltiples, diversas. Y a la apertura de la cosmo-política.

¿Qué hay de semejante, cabe preguntarse dentro de esta convergencia de lo diverso, entre las rebeliones en el mundo árabe y las movilizaciones de los indignados en España? ¿Qué, entre los jóvenes iracundos de Tottenham y los estudiantes chilenos? ¿Qué, entre los libios que se echan a las plazas de Bengasi al fin del Ramadán a festejar la derrota de Gadafi, y los jóvenes palestinos y judíos que se unen para protestar contra la degradación de las condiciones de vida en Israel?

La comprensión de esta “rebelión mundial de la juventud”, de la convergencia de lo múltiple, se torna decisiva para el porvenir político de la izquierda, si todavía queremos conservar este término topológico para señalar a los movimientos por la democracia avanzada y anticapitalistas. Si los viejos esquemas revolucionarios jacobinos y leninistas suelen acabar en la exaltación de caudillos autoritarios y en el culto al estatismo, por la otra vía, la izquierda reformista ha quedado desarmada en la política frente a la ideología liberal y ha terminado subordinada al autoritarismo de los estados que se atribuyen el control del orden mundial, a la vez que aseguran el sometimiento de las sociedades a los designios de los mercados, y en consecuencia ha tomado en sus manos el traslado de los costos de la crisis, ocasionada por los bancos, las grandes corporaciones y los juegos financieros, a la masa de trabajadores. La juventud de los países más avanzados ve precarizada su vida en el presente, y tiene por delante un futuro cargado de incertidumbre e inseguridad.

Algunos comentaristas liberales han señalado en la prensa europea que hay una diferencia evidente entre las rebeliones árabes, que supuestamente tendrían como propósito el derrocamiento de

dictaduras para instaurar regímenes democráticos parlamentarios a semejanza de los occidentales, y las movilizaciones de los indignados españoles e israelíes, de los trabajadores italianos y de los estudiantes chilenos, puesto que estas últimas se han dado dentro de regímenes democráticos parlamentarios. Ese punto de vista

“
¿Qué hay de semejante, cabe preguntarse dentro de esta convergencia de lo diverso, entre las rebeliones en el mundo árabe y las movilizaciones de los indignados en España? ¿Qué, entre los jóvenes iracundos de Tottenham y los estudiantes chilenos? ¿Qué, entre los libios que se echan a las plazas de Bengasi al fin del Ramadán a festejar la derrota de Gadafi, y los jóvenes palestinos y judíos que se unen para protestar contra la degradación de las condiciones de vida en Israel?
”

coloca a la democracia liberal como el núcleo de referencia: mientras en los países árabes se tendría como propósito conquistar la democracia parlamentaria al término de las dictaduras —siempre se traerá la autoridad de Churchill para recordarnos que es el peor régimen

político, exceptuando todos los demás conocidos—, en España e Italia se trataría más bien de expresiones de descontento frente a la crisis, que se superarían en el contexto de la democracia liberal. Mientras que en Chile se estarían planteando demandas sociales que quizás podrían canalizarse a través de reformas razonables del sistema educativo y hasta del sistema político.

Sin embargo, basta detenerse en las reivindicaciones que se plantean en España o en Chile para percibir que de alguna manera se trata también de una crisis de la democracia liberal, que el sistema parlamentario, representativo, ya no es suficiente para resolver los conflictos sociales, que entre los jóvenes y los excluidos de los sistemas sociales se extiende una generalizada desconfianza en los partidos políticos. Que se pongan en evidencia los límites de la democracia liberal y la crisis del estado social que Occidente impulsó desde el *New Deal* de Franklin D. Roosevelt en Estados Unidos, y en Europa desde la conclusión de la II Guerra Mundial, no significa desde luego que exista una propuesta clara para contraponerlos. De hecho, en América Latina la supuesta superación del liberalismo ha ido por la vía de propiciar regímenes con alguna vocación autoritaria, que si bien impulsan ciertas políticas públicas consideradas distributivas, como la expansión de los servicios de salud y de educación, no llegan a producir cambios profundos de la configuración social, a la vez que tampoco resuelven la exigencia de una ampliación de la vida democrática.

El movimiento estudiantil chileno ha enfatizado en las consecuencias sociales y para la vida democrática, incluso para la democracia liberal, que tiene la herencia no saldada con la dictadura pinoche-tista. Pero así como en Europa y los Estados Unidos lo que pone de manifiesto la protesta social es el desmantelamiento del estado de bienestar, cabe preguntarse si el

movimiento estudiantil chileno no estaría poniendo en cuestión también los alcances de estas políticas del estado social a la latinoamericana, más allá de la percepción que tengan los mismos actores de las masivas movilizaciones: estudiantes, trabajadores y otros sectores que han adherido a su convocatoria.

Si en Islandia la revolución democrática llegó al derrocamiento del anterior régimen, a una nueva constitución, a la nacionalización de los bancos y a la decisión de no pagar la deuda contraída por estos con Gran Bretaña y Holanda —países que presionan fuertemente sobre el nuevo régimen islandés—, en cambio las movilizaciones en Grecia, Italia, Portugal y España no han podido detener las políticas de “ajuste”. La sumisión del gobierno socialdemócrata español ha llegado, al contrario de lo que acontece con Islandia, al punto de impulsar la reforma constitucional que prohíbe los déficits, exigida por los gobiernos de Alemania y Francia a cuenta de “tranquilizar a los mercados.

En Chile las movilizaciones estudiantiles y de trabajadores se han caracterizado por una dirección que ha demostrado madurez y firmeza para exponer y defender sus demandas en un ambiente de no violencia —demandas que unen la reforma del sistema educativo a la reforma del sistema político y de la constitución—, y ha juntado a esa madurez y esa firmeza la inventiva para incentivar la participación masiva de la población a través de acciones festivas. En el otro extremo del espectro, en el lado de la violencia cruda, aparece la rebelión de los jóvenes de Tottenham, que a semejanza de lo acontecido en Francia en 2005, es una explosión espontánea de descontento e ira de los jóvenes, de los adolescentes de las barriadas pobres, un estallido reactivo frente a la violencia policiaca. También en Chile, sobre todo durante los días de la huelga general convocada por los sindicatos y los estudiantes a

fin de agosto, hubo “desmanes” condenados por los propios dirigentes de los estudiantes y los trabajadores. En esos desmanes, más allá de las seguras “infiltraciones” policiacas, se deberían advertir las expresiones de una situación que afecta los jóvenes de las barriadas marginales, a los excluidos que nada tienen que perder y que tampoco tienen nada en que soñar, a semejanza de lo que pasa con miles de hijos y nietos de inmigrantes en Gran Bretaña, Francia y otros lugares de Europa.

Desde luego, a estas condiciones han venido a sumarse otras de enorme importancia para la vida social y la posibilidad de políticas democráticas. La más importante, sin duda, es el papel de las mujeres, sobre todo de las mujeres jóvenes. Esta presencia activa, sus demandas específicas, sus concepciones diversas, constituyen una fuerza nueva en las luchas sociales de este siglo. Son la proyección del grado de emancipación ya alcanzado en el siglo pasado. Hoy las vemos por doquier, al frente del movimiento estudiantil chileno, en Túnez, en Egipto, en España. Hay, de otra parte, la combinación de las demandas sociales de trabajadores, de los estudiantes, de los jubilados, con la participación de minorías étnicas. Francia y el Vaticano expulsaron hace unos meses a los gitanos de Rumania, pero ellos retornan una vez y otra. Los mapuches exigen que se cuente con ellos en las movilizaciones chilenas.

Están las luchas de los ecologistas, que aportan a los programas políticos de la izquierda una serie de cuestiones fundamentales, cuestiones que además, como sabemos bien, demandan acciones que ya no pueden tomarse dentro de los límites de los estados nacionales. Lo sucedido en Fukuyama es una alerta para el mundo entero. Si por una parte Obama, a pretexto de la crisis, posterga las acciones para controlar la contaminación de ozono y de emisiones de carbono, si Irán inicia la producción de su

planta nuclear, por otra parte se extiende la conciencia ecologista y se multiplican las protestas en varios lugares del mundo. La intervención en Libia y la condena al régimen sirio ponen sobre el tapete de los debates políticos otra cuestión que ya no puede resolverse ni dentro de una concepción periclitada de la soberanía nacional ni dentro de las estructuras actuales de los organismos internacionales. En perspectiva, quizá se haya abierto en la actualidad el tránsito hacia formas de gobierno mundiales, al menos frente a los problemas globales.

II. Los jóvenes en la crisis sistémica

Tal vez deba considerarse el movimiento mundial del 68 del siglo pasado como una revolución de la juventud, más aún, como una revolución que fue finalmente derrotada. Sin nostalgia alguna, podríamos verla como el último episodio —espléndido, por lo demás— de un gran ciclo histórico de acción política, que bien pudiera denominarse el ciclo de “la revolución social en Occidente”, iniciada un siglo antes. Pero esa revolución o esa rebelión mundial de la juventud fue, por otra parte, la manifestación de complejos cambios en la estructura económica y social del sistema capitalista mundial, cambios especialmente relacionados con la forma de existencia del trabajador.

La noción de trabajador, en efecto, sufrió entonces un desplazamiento desde un enfoque centrado en el obrero manual hacia un enfoque centrado en el “tecnita”, en los profesionales que debían contar con una serie de competencias técnicas. Ello produjo una expansión de los sistemas educativos, una ampliación de la escolaridad obligatoria que, en los países desarrollados, culmina hoy en la conclusión de la educación media. La educación universitaria dejaba de ser un paso en el ascenso social desde las clases trabajadoras a las capas medias aburguesadas, para iniciar

el tránsito a una sociedad de trabajadores altamente capacitados. ¿Acaso no se han levantado en las últimas dos décadas los discursos sobre la “economía del conocimiento” desde las corrientes neoliberales, o sobre las “sociedades del conocimiento” desde la UNESCO y las corrientes socialdemócratas? Estos discursos sostienen que las masas de trabajadores educados técnicamente impulsarían el desarrollo económico, social e incluso político, en sociedades que contarían en su cúpula con tecnócratas altamente capacitados para las funciones de control y administración, y en la base a los menos meritorios, los relativamente incapaces para alcanzar las cúspides de la profesionalización técnica.

Pero hoy las condiciones están cambiando de modo sustancial. Lo que parece estar en el fondo de la rebelión mundial de la juventud —en la medida en que pueda hablarse de una rebelión mundial— es que, por una parte, hay una masa creciente de jóvenes que cuentan con conocimientos y competencias técnicos y tecnológicos, que quieren insertarse en el trabajo, que anhelan una vida digna, que reclaman puestos de trabajo y bienestar, que quieren ser escuchados, es decir, que demandan apertura para participar en los escenarios de la opinión pública y en la toma de decisiones sobre el destino de las sociedades, y que por consiguiente demandan una democracia avanzada. Y por otra parte, existe una crisis sistémica —si es que tenemos razón Wallerstein y quienes pensamos como él— o cuando menos una sucesión de crisis económicas y sociales, que impiden la inserción masiva de los jóvenes, que arrasan con las condiciones creadas por el estado de bienestar para los trabajadores y los jubilados, y que expulsan del sistema a poblaciones enteras (los más pobres), que marginan a países y regiones enteras del planeta, y que constriñen la democracia, aun la democracia liberal, representativa, parlamentaria.

¿Qué futuro ofrecen hoy día las sociedades, desarrolladas o no, a la juventud? ¿Qué función puede tener la educación actualmente? ¿Tienen los estados alguna posibilidad de respuesta, en medio de la crisis económica, para solventar la crisis de los sistemas educativos, de sus paradigmas?

III. La educación: un sistema obsoleto

Más de tres meses de movilizaciones masivas, durante los cuales los estudiantes han puesto en jaque al gobierno de Piñera y han ganado un fuerte apoyo de la opinión pública, la adhesión de padres de familia, de los sindicatos obreros, de sectores diversos de la sociedad chilena, son la evidencia de una crisis real, profunda, del sistema educativo chileno, sistema en que pesa sin duda la herencia de la dictadura pinochetista. A las reivindicaciones por el cambio del sistema educativo, los estudiantes han sabido unir la demanda de un cambio del sistema político igualmente heredado de la dictadura, y que la Concertación —alianza de los partidos Demócrata Cristiano, Socialista, Por la Democracia y Radical Social Demócrata— no supo y no pudo modificar durante sus sucesivos gobiernos. Bastaría con señalar el cuestionado sistema de elecciones binominales, que deja fuera de la representación política en los organismos parlamentarios a las minorías, para entender el peso de esa herencia dictatorial.

Los estudiantes chilenos demandan una serie de cambios que tienen que ver con la estructura escolar, con la inversión estatal en educación, con las formas de esa inversión estatal y por consiguiente con la relación del Estado con la educación privada, con los costos de la educación para las familias, con garantías de calidad del sistema. La consigna “educación gratuita y de calidad para todos” sintetiza de modo claro el alcance de los objetivos del movimiento. En sí misma, esa consigna es válida actualmente

para cualquier sociedad. Si las actividades económicas exigen de los trabajadores conocimientos técnicos y tecnológicos, si la democracia se sustenta en sociedades en que los ciudadanos deciden libremente con base a la libre información y el debate abierto en la opinión pública, si libertad y equidad dependen de modo sustancial de la educación de los ciudadanos, entonces la consigna “educación gratuita y de calidad para todos” es una consigna universal. Una consigna que lleva a su extremo la propia idea liberal, incluso ilustrada: el grado de libertad y el grado de oportunidad para insertarse en las sociedades depende de la educación, de la adquisición de “capitales educativos y culturales”.

Los estados deben atender ese requerimiento, sobre todo si se toma en cuenta que la inequidad existente en las sociedades se reproduce de manera ampliada a través de los sistemas educativos, a menos que los estados intervengan para asegurar que desde la base —la educación parvularia— y al menos hasta la conclusión de la educación media, *todos* los niños, niñas y adolescentes cuenten con iguales condiciones educativas. Además, los estados deben propender a la ampliación, a la masificación de la educación superior, en sí misma multifacética, que no puede reducirse a la universidad clásica —y menos aún al modelo de las universidades de investigación del mundo desarrollado. La masificación de la educación superior es un proceso que seguirá en crecimiento en todo el mundo. Y junto con ello los estados están obligados a atender las demandas educativas, en todos los niveles de escolaridad, de las personas con capacidades diferentes, y desde la primaria, de las personas adultas. Están obligados a atender las exigencias que surgen de los contextos pluriculturales, multiétnicos, de las sociedades contemporáneas.

La educación que se reclama es, en consecuencia, por completo

distinta a aquella a la que estamos acostumbrados. Cuenta con una disposición de recursos tecnológicos nuevos y en continua transformación —aparatos electrónicos, Internet—, pero demanda flexibilidad, inventiva, cambio de esquemas. No se puede pensar en la transformación de los sistemas educativos mientras se conserven los paradigmas meritocráticos e ilustrados. Y ante todo, los cambios estructurales de los sistemas educativos demandan fuertes inversiones de los estados y de las sociedades.

En Chile, el sistema escolar se ha sustentado en estas últimas décadas en una privatización creciente, que incluye la subvención estatal a los establecimientos privados en todos los niveles, incluso a establecimientos educativos que tienen fines de lucro —en la educación primaria y media. Ello ha ido en detrimento de la educación pública. Esta, que pasó con la dictadura a responsabilidad de los municipios, ha sufrido por el contrario por falta de recursos y de organicidad. Quizás los municipios deberían, en un sistema de mayor intervención democrática de la población, tener funciones de apoyo a las escuelas de sus jurisdicciones, pero lo que no cabe es parcelar la administración del sistema escolar a fin de debilitar las responsabilidades de los estados.

El acceso a la educación superior se restringe en Chile por dos vías: la primera, económica, pues es una educación pagada. Los estudiantes, es cierto, pueden recurrir a becas y sobre todo a préstamos estatales para pagar sus estudios. Esto ha derivado en un endeudamiento de un enorme segmento de los profesionales, especialmente los jóvenes, que se ven atados por años a la deuda adquirida. Algunos sociólogos han llamado la atención sobre la falta de cultura del ahorro para pagar los costos de la educación superior por parte de las familias chilenas, que difiere de la conducta de las familias en el mundo

anglosajón. Lo que se ha observado críticamente es algo muy simple: que las familias de los trabajadores chilenos no cuentan con excedentes que puedan ahorrarse para este fin. Según algunos estudios, la educación universitaria en Chile es de las más caras del mundo.

La segunda razón tiene que ver con un presupuesto meritocrático, la “calidad” del estudiante. Para acceder a las universidades de mayor prestigio, públicas o privadas, se toma en cuenta el record estudiantil

“**Tal vez deba considerarse el movimiento mundial del 68 del siglo pasado como una revolución de la juventud, más aún, como una revolución que fue finalmente derrotada. Sin nostalgia alguna, podríamos verla como el último episodio —espléndido, por lo demás— de un gran ciclo histórico de acción política, que bien pudiera denominarse el ciclo de “la revolución social en Occidente....**”

de la educación media y la prueba de admisión al sistema universitario (PSU). Juzgar la capacidad para los estudios en el nivel terciario por los resultados académicos obtenidos cuando los adolescentes tienen entre 16 y 19 años implica un desconocimiento de las circunstancias específicas del desarrollo individual. La prueba de admisión

confirma a su vez la inequidad social al someter a los jóvenes que provienen de escuelas de calidad disímil al mismo examen, que, además, mide conocimientos y no capacidades. En estas pruebas siempre reprobarán la mayoría de los jóvenes que vienen de las escuelas de las poblaciones más pobres y marginales.

Algunos ideólogos liberales y defensores del sistema educativo chileno —entre ellos, el periodista Andrés Oppenheimer y el sociólogo José Joaquín Brunner— han cuestionado al movimiento estudiantil y sus demandas bajo el presupuesto de que ese sistema es el más exitoso de América latina. Para ello, han sacado a relucir algunos indicadores, como los resultados de la prueba PISA, el incremento de la matrícula en cada uno de los niveles del sistema, la diversificación de las instituciones y por tanto de las opciones que tienen los estudiantes para optar por instituciones y carreras. Sin embargo, si se miran estos datos más atentamente se advierten tanto la inequidad como los límites de la supuesta calidad de la educación chilena. Esto lo han puesto de manifiesto otros investigadores, como Manuel Antonio Garretón, Alberto Mayol y su grupo de investigación del CIES de la Universidad de Chile, o el informe de Nicola Brandt para OCDE.

Es cierto que en los resultados de las pruebas PISA, que miden las competencias de los estudiantes en lenguaje, matemáticas y ciencia, en torno de los 14-15 años de edad, Chile está por delante de Uruguay, México, Argentina, Brasil y de los demás países latinoamericanos. Pero no supera la media de los países de la OCDE, a los que pertenece Chile, y está muy por debajo de los países con mejor rendimiento en esas pruebas —Finlandia, los países escandinavos, los países europeos, Corea. Además, si se toman en cuenta los distintos tipos de instituciones educativas, se advierte el menor rendimiento

relativo de las escuelas municipales, y en un análisis más fino, incluso se verá que en el fondo están las escuelas de los barrios y localidades más pobres. En Chile, como en el resto de América latina, faltan maestros, mejor formados y mejor pagados. El mejor sistema educativo de América latina, desde el punto de vista de los resultados de estas pruebas, tiene una educación mediocre, y además, profundamente diferenciada. ¿Cómo apreciar lo que pasa en el conjunto de nuestro continente?

Para defender al sistema se ha sostenido también que la educación sigue siendo, sobre todo en su nivel superior, un factor de ascenso social. Sin embargo, las investigaciones empíricas llegan a resultados diferentes. Los jóvenes de las capas sociales con menores ingresos apenas si arriban a la educación superior, y solo de modo excepcional ingresan a las mejores universidades. Los estudiantes universitarios, en su gran mayoría, no consideran que sus estudios impliquen un ascenso de esta naturaleza. Es cierto que en Chile, como en los demás países de América latina, hoy la matrícula en la educación superior supera el 20% de la población entre 20 y 24 años. Pero esa cobertura es baja si se la compara con los países de mayor desarrollo.

Por otra parte, ¿qué acontece con los jóvenes que no llegan a las mejores universidades? Tienen por delante un futuro lleno de amenazas. ¿Qué pasa con los jóvenes que han contraído una cuantiosa deuda para cubrir sus estudios, y que luego no encuentran trabajo? La condición de precariedad de los titulados universitarios no existe solo en los países europeos. ¿Y qué sucede con los cientos de miles de jóvenes que son arrojados fuera del sistema escolar antes de culminar sus estudios secundarios?

La inversión del estado chileno en educación está en torno al 4% del PIB. Según algunos expertos, al menos debería llegar al 6% del PIB. En Noruega y Finlandia alcanza el 8% del PIB.

En conclusión, el sistema escolar chileno es inequitativo, las profundas diferencias de calidad perjudican a las capas sociales de menores ingresos, la insuficiente inversión del Estado beneficia a la educación privada, e incluso a sectores que buscan el lucro económico en la atención a este servicio público. Los maestros tienen muy malas remuneraciones, y no cuentan con la capacitación suficiente. No hay incentivos para alentar a los mejores estudiantes para que opten por el magisterio. Y no se perciben tampoco lineamientos para una respuesta estatal que transforme sustancialmente un sistema que se revela obsoleto.

La joven líder del movimiento, Camila Vallejo, y sus compañeros sin duda obtendrán un triunfo político. Aparte de alcanzar algunas modificaciones del sistema educativo, abrirán el camino para reformas políticas y constitucionales para terminar de una vez con las herencias de la dictadura. Sin embargo, los grandes cambios de la educación, que irían a la par de otras profundas transformaciones sociales, quedarán aún pendientes en la sociedad chilena. 

“

La joven líder del movimiento, Camila Vallejo, y sus compañeros sin duda obtendrán un triunfo político. Aparte de alcanzar algunas modificaciones del sistema educativo, abrirán el camino para reformas políticas y constitucionales para terminar de una vez con las herencias de la dictadura. Sin embargo, los grandes cambios de la educación, que irían a la par de otras profundas transformaciones sociales, quedarán aún pendientes en la sociedad chilena.

”